

Anissé.

Hace poco regresé a París. Desde la ventanilla del avión, me conmovió el espectáculo de la Gran Dama, envuelta en una neblina gris, de la cual rara vez se despoja. Le sienta bien ese color, y lo sabe. Los tejados de pizarra, las terrazas señoriales que siguen confiando en ver el sol, la armoniosa estructura de sus calles ; todo seguía igual. Le pedí al taxista que callejera un poco hasta llegar al hotel, quería encontrarme poco a poco con mi pasado. Era como si el tiempo se hubiera detenido. Todo estaba en su sitio, como lo había dejado diez años atrás. Las terrazas de los cafés, con las mismas sillas Art-Déco, y sus mesitas redondas, la misma gente sentada en ellas, leyendo el mismo periódico, vistiendo la misma gabardina beige. Bajé la ventanilla para oler París. Todas las ciudades tienen su olor particular. Madrid, en sus calurosas tardes de verano, huele a geranios, aceite de oliva, y colonia de lavanda. París, en aquél frío día de Noviembre, olía a asfalto mojado, a croissants de mantequilla, fruta fresca, y por encima de aquellos olores, el del inevitable pollo asado.

Había escogido un hotel cerca de los Campos Elíseos, desde donde alcanzaba a ver a lo lejos el Palacio Presidencial. Un tímido rayo de sol intentaba abrirse paso entre los grises nubarrones que anunciaban lluvia inminente. Salí a pasear, no quería detenerme demasiado ante los escaparates, cuidadosamente arreglados para atraer la atención e impulsar la compra. Algunas tiendas habían cambiado. Sonreí al ver al mismo actor de mimo, cobcado frente a la hamburguesería donde solía ir siempre al salir de clase. No había cambiado mucho, y cuando me guiñó un ojo quise pensar que me había reconocido. Anissé y yo solíamos pararnos ante él, y le dejábamos una sustanciosa cantidad en su bombín. Anissé,... su recuerdo me había traído hasta París. Mi amiga del alma, mi compañera de habitación, mi apoyo constante, con quien aprendí a declinar la amistad en todas sus

formas. Nos conocimos mientras estudiábamos, ella cosmetología y yo empresariales. Vivíamos en una residencia estudiantil, y el “exilio” de cada una nos hizo estrechar lazos. Ella venía del norte del Líbano. Musulmana liberada, como le gustaba reivindicar, su familia había cedido finalmente a sus súplicas para estudiar maquillaje en París. La guerra sin tregua que se libraba en su país se había llevado por delante a sus dos hermanos mayores; el padre, destrozado, consintió en poner a salvo lo que le quedaba de familia, casando a Aisha, la pequeña, con un poderoso kuwaití, y enviando a Anissé a París por cinco años, esperando que la guerra acabara en ese plazo. En la capital de los contrastes, ella llamaba la atención, con sus hermosos ojos verdes de pobladas pestañas, unas cejas perfectamente arqueadas, un rostro mate de altos pómulos y frente despejada, y una boca con un mohín sensual que hacía volver la cabeza a más de uno.

Conjugamos dos culturas durante cuatro años. Mientras ella aprendía a vivir la libertad, la igualdad y la fraternidad, yo me adentré en sus recuerdos asimilando poco a poco una civilización que nada tenía que ver con lo que había vivido. Me hablaba de su tierra, tan bella y soleada antes de la guerra. Sus memorias de la infancia traían sabor a especias, a incienso, a calidez familiar, a coloridas fiestas y bailes sensuales que jamás logré aprender. Rara vez hablábamos de religión. Por curiosidad, me acompañaba a misa los domingos. Subyacía cierto temor en sus ojos y en su voz cuando trataba de hablar del Islam; su familia no era demasiado estricta en cuanto a la aplicación del Corán, aunque me contó que tenía que salir a la calle con tchador, y nunca sola. Me resultaba difícil imaginármela velada, cuando salíamos a vivir *Paris la nuit*, y bailábamos hasta altas horas de la madrugada subidas en los bafles de la “Locomotive”.

Mi solitario paseo me llevó frente al bar “Coliséé”, en plenos Campos Elíseos. Tampoco había cambiado, miré con nostalgia los dos asientos vacíos junto al ventanal, a la derecha del bar, aquel era nuestro sitio. Desde ahí, veíamos de frente las oficinas de las líneas aéreas del Brasil, y soñábamos despiertas con aquél maravilloso país, elaborando estupendos planes de viaje en los cuales la felicidad era la protagonista indiscutible. ¡Qué lejos quedaba todo aquello ahora! Sentí como me empezaban a quemar las lágrimas en los ojos mientras se me cerraba dolorosamente la garganta. Empezaba a llover, y antes de poder dar media vuelta, vi salir a un camarero que me saludaba efusivamente, me había reconocido. Me invitó a pasar, mientras me hacía miles de preguntas, entre otras la inevitable de : “¿dónde está su inseparable amiga... ?”. Le comenté que Anissé había regresado a su país, que estaba felizmente casada, y que hacía tiempo que no nos veíamos. Todo aquello era cierto, tan solo hay que suprimir en ésta última frase la palabra “felizmente”.

“¿Dónde está su inseparable amiga?” Había preguntado el camarero; eso mismo quisiera saber yo. Mi amiga está encerrada. Mi amiga cometió el terrible error de regresar a su país, antes de acabar la guerra, para pasar unas cortas vacaciones y ver a su familia. No la he vuelto a ver, las cortas vacaciones se han convertido en casi once años de ausencia. El terror, que se había mantenido alejado mientras ella estaba a salvo en Europa, se ha apoderado de su vida poco a poco, y no nos dimos cuenta. Al principio conseguíamos hablar por teléfono, e incluso hicimos planes de vernos, durante un corto receso de la guerra. Poco a poco noté como iba perdiendo el entusiasmo, nunca estaba sola para hablar, no podía contestar a las cartas. Decidieron por ella que ya sabía bastante de maquillaje, y que su lugar estaba cerca de su familia. Hasta que me comunicó que se iba a casar: “Es un buen hombre, ¿sabes? Es mayor que yo, pero mejor así, me cuidará bien”,

intentaba convencerme, y el corazón se me encogía al notar que su voz se entrecortaba con lágrimas cuando me comentaba aquello. “Tengo que colgar, no te enfades si no te invito a la boda, no te sentirías bien aquí.” Y de repente, creí oír un murmullo en el que decía *ayúdame*, pero se cortó la comunicación. Aquellos fueron los últimos sonidos de su voz que pude escuchar, y que todavía retumban en mis oídos. A partir de entonces, su número dejó de contestar, me indicaron que se había dado de baja. La insidiosa sospecha, - alimentada por la reciente historia de Betty Mahmoody que salvó su vida y la de su hija de puro milagro-, de que mi amiga había caído en el horror del fanatismo hizo mella en mi. Sospecha que se confirmó, un año después de su desaparición, con una carta que llegó a través de la Embajada de Francia en el Líbano, toda arrugada, envejecida y oliendo a desesperanza. No conocía la escritura y no tenía firma. Decía ser una amiga de Anissé, me informaba que ésta se había casado, y vivía en Bahrein, que no intentara localizarla bajo ningún concepto, que era feliz y agradecía haber contado con mi amistad, pero que emprendía una nueva vida en la cual no había sitio para mi.

Ahora, sentada en mi sitio del Colisée, con el asiento vacío de Anissé a mi lado, recuerdo sus palabras pronunciadas en este mismo rincón, once años atrás. “Necesito amar, amar a un hombre tan fuertemente como amo a mi vida y a mi libertad. Me has enseñado lo más grande que hay en este mundo, algo que en mi cultura no existe : Que todos somos iguales, y que es posible el amor sin servidumbre. Y lo conseguiré, ya lo verás. Conoceré a alguien muy especial, un hombre que cuidará de mí y que me dejará cuidar de él, con quien compartir desde mi libertad la suya, sin trabas, un amor al aire libre.”

¿Lo has conseguido, Anissé? Mi eterna pregunta, y sentada en este café, me sigo preguntando dónde estás, quién te encerró, quién te cortó las alas, qué ven tus hermosos ojos verdes ahora mismo. En mis sueños, me atormentan

tus lágrimas. La fuerza de tu amistad sigue presente, envolviéndome cálidamente, día tras día, cada vez que me golpea tu recuerdo. Yo sé que no me has abandonado, puedo oír tu grito de auxilio a través de las redes de amistad que tejimos juntas. Ahora que estoy aquí sentada, tocando el asiento que dejaste vacío, puedo sentir la helada mano del terror que me alcanza a mí también, percibo tu sufrimiento y temo lo peor. Ahora sé que no lo has conseguido, que el hombre maravilloso portador de libertad no llegó a tiempo para encontrarte. En su lugar, hay otro, que ha dejado caer un espeso velo sobre tu cuerpo y tu alma. Ya no ves la luz mi querida Anissé, y yo me estoy quedando ciega de tanto buscarte.

Contemplo el escaparate de las líneas aéreas del Brasil, saboreo lentamente el expreso (regalo de la casa) que René, el camarero, ha dejado ante mí. Quisiera hacer realidad nuestro soñado viaje. ¿Recuerdas cuando prometimos celebrar por todo lo alto, en este mismo café, con auténtico champagne, la culminación de nuestros sueños? No quiero brindar sola con un café. René me comenta que hay demasiada tristeza en mis ojos, y que faltas tú. No me importa decirle abiertamente la verdad, que estás a merced del peor castigo que se le puede infligir a un ser humano, que te han encerrado en la oscuridad después de haber saboreado el sol.

He regresado a París para volver a sentirte. Pero ahora, aquí sentada, contemplando como llueve sobre nuestros recuerdos, siento que he perdido todas las batallas para encontrarte.

Caminarás siempre a mi lado, Anissé. Y habrá luz y sol en nuestro recorrido. Viviré sin poder apagar tu dolor ; pero no permitiré que un velo ensombrezca tu recuerdo.

Fabienne Tremblé.-Octubre 1998. Este texto es un pequeño homenaje a mi querida amiga, A.C., que desapareció hace doce años, probablemente atrapada en las redes del Islam.